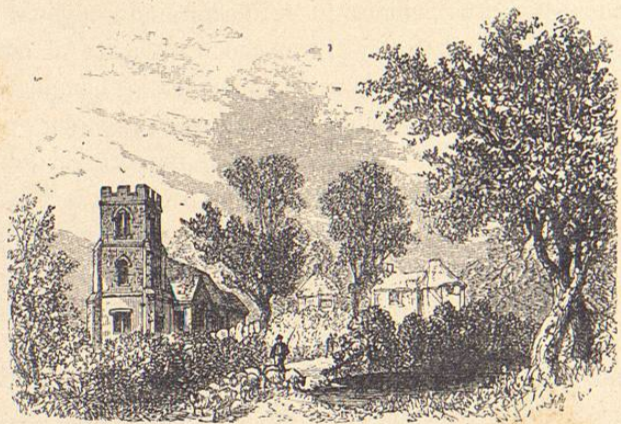


De esta manera, se ha transformado por entero el antiguo régimen feudal, desde lo más alto á lo más bajo de su escala. Si pudieran verse de una ojeada sus treinta ó cuarenta mil palacios, casas, abadías, mansiones, ¡qué decoración más bella y brillante ofrecería la Francia!... Es un verdadero salón, y en ella sólo veo gente de salón. Por todas partes los rudos jefes con autoridad, hánse convertido en graciosos anfitriones. Pertenecen á aquella sociedad en

la que antes de admirar inmediatamente á un gran general, se preguntaba «si era amable.» Ciertamente que todavía ciñen espada al lado, que son valientes por amor propio y tradición, que saben hacerse matar, sobre todo en duelo y con las debidas reglas; pero el carácter de buena sociedad ha recubierto el antiguo fondo militar, y al fin del siglo XVIII su gran talento consiste en saber vivir, y su verdadera ocupación en recibir ó en ser recibidos.



El Pueblo y la Abadía



CAPITULO II

La vida de salón.—Sólo en Francia es perfecta.—Argumentos fundados en el carácter francés.—Argumentos fundados en el tono de la corte francesa.—Esta vida se hace cada vez más grata y absorbente.—Subordinación de los demás intereses y deberes.—Indiferencia por las cuestiones públicas.—Éstas sólo son objeto de chistes.—Negligencia en los negocios privados.—Desorden en la casa y abuso del dinero.—Divorcio moral de los esposos.—La galantería.—Separación de los padres y de los hijos.—La educación, sus vacíos y su objeto.—Tono de los criados y proveedores.—El sello de mundo es universal.—Atractivo de esta vida.—El saber vivir en el siglo XVIII.—Su perfección y sus recursos.—Autoridad de las mujeres para enseñarla y prescribirla.—La felicidad en el siglo XVIII.—Placer del lujo y de las reuniones.—Ociosidad, pasatiempo, entretenimiento.—El buen humor en el siglo XVIII.—Sus causas y efectos.—Tolerancia y licencia.—Bailes, fiestas, cazas, festines, placeres.—Libertades de los magistrados y preladados.—Principal diversión, la comedia de sociedad.—Alardes y excesos.

I

QTRAS aristocracias en Europa fueron arrasadas por parecidas circunstancias á costumbres semejantes. También en ellas produjo la monarquía la corte, que originó á su vez la fina sociedad; pero esta bonita planta sólo á medias se desarrolló. La tierra le era desfavorable y la semilla no era de buena calidad. En España, el rey vive encerrado en la etiqueta, como una momia en su caja, y el orgullo, harto rígido, incapaz de inclinarse hasta la amenidad de la vida mundana, no conduce sino al tétrico fastidio y al fausto insensato. En Italia, bajo el reinado de príncipes, pequeños déspotas, y, en su mayor parte, extranjeros, el peligro continuo y la deficiencia hereditaria, después de haber atado las lenguas, dirigen los corazones hacia los goces íntimos del amor ó hacia los mudos placeres del arte. En Alemania é Inglaterra, su temperamento frío, pesado y rebelde á la cultura, retiene al hombre, hasta el fin del siglo último, en la soledad, la embriaguez y la brutalidad; circunstancias comprobadas respectivamente á estas naciones por de Loménie, los señores de Aulnoy, Villars, Stendhal, el margrave de Bareith, el caballero Lang, y, finalmente, por el autor de esta obra, en su *Historia de la*

literatura inglesa. En Francia, por el contrario, todo conspira á hacer que florezca el espíritu de sociabilidad; el genio nacional, en este punto, está de acuerdo con el régimen político, y no parece sino que se haya previa y expresamente escogido la planta para esta tierra.

Por instinto es el francés aficionado á estar en compañía, y la causa de ello es que practica bien y sin molestia todos los actos que consigo lleva lo sociedad. El francés no siente la falsa vergüenza que embaraza á sus vecinos del Norte, ni las pasiones violentas que absorben á los del Mediodía. No necesita hacer esfuerzo alguno para departir; no tiene timidez natural que vencer, ni preocupación habitual que dominar. Departe, pues, fácil y libremente, y halla en ello un placer. Porque lo que necesita es una dicha de especie particular, fina, ligera, rápida, incesantemente renovada y variada, en que su inteligencia, su amor propio, en que todas sus facultades simpáticas y vivas hallan grato pasto; y esta clase de dicha nada como la sociedad y la conversación para procurarla. Sensible como es, las consideraciones, los miramientos, las oficiosas complacencias, la adulación delicada, constituyen el aire natal,

sin el que respira penosamente. Sufriría tanto con ser impolítico, como con que se le tratara impolíticamente. Por sus instintos de benevolencia y de vanidad, encuentra dulzuras embelesadoras en la costumbre de ser amable, y con tanto mayor motivo cuanto que esta costumbre es contagiosa. Cuando agradamos, se nos quiere agrandar, y lo que damos en agasajos se nos devuelve en atenciones. Con semejante compañía se puede departir, porque departir no es más que entretener agradablemente á los otros, entreteniéndose uno á sí mismo; y no hay para un francés placer más vivo que ese; tanto, que según Volney, al describir el suelo y el clima de los Estados-Unidos, el rasgo característico del colono francés, comparado con los demás, consiste en la necesidad que tiene de vecindario y conversación. Ágil y sinuosa ésta, es para él lo que el vuelo al pájaro; de idea en idea, viaja siempre atento, excitado por el ardor de los demás, dando saltos, rodeos y vueltas imprevistas, por lo bajo, por lo alto, rozando la tierra ó salvando las cimas, sin hundirse en los hoyos ni enredarse en las zarzas, ni pedir otra cosa á los mil asuntos que desflora, que la diversidad y la alegría de su aspecto.

Así dotado y dispuesto, estaba fabricado para un régimen que reunía á los hombres diez horas cada día; su naturaleza innata hallóse de acuerdo con el orden social para hacer perfectos los salones. El rey daba el ejemplo, al frente de todos. Luís XIV había tenido todas las cualidades de un dueño de casa; el gusto de figurar y el de la hospitalidad, la condescendencia y la dignidad, el arte de salvar el amor propio de los demás, y el de conservar el puesto que le correspondía, la noble galantería, el tacto, y hasta el atractivo del ingenio y del lenguaje. «Hablaba perfectamente,—dice Mme. de Caylus en sus *Recuerdos*, p. 108;—si era conveniente una chanza, si decía algunos chistes, si se dignaba relatar un cuento, hacíalo con infinita gracia y en una forma fina y noble que en nadie he visto más que en él.» «Nadie tan naturalmente cortés como él,—dice Saint-Simon, XII, 461,—ni de una política tan mesurada, tan progresivamente persuasiva, ni que distinguiera mejor entre las edades, el sexo y la categoría, en sus contestaciones y en sus maneras... Sus cortesías, más ó menos acentuadas, aunque siempre ligeras, revestían una gracia y una majestad incomparables... Éralo también en la manera de acoger de diferente modo los saludos al frente de las filas del ejército y en las revistas. Pero particularmente para las mujeres, no había nada semejante... Nunca pasó ante una toca sin quitarse el sombrero, siempre, por supues-

to, que fuese la de alguna de las mujeres de cámara que conocía como tales. Jamás le ocurrió decir á nadie una descortesía, ni nada que estuviese fuera de lugar ó fuese aventurado, sino que, muy al contrario, sus más insignificantes gestos, su andar, su porte, su continente, todo era mesurado, decente, noble, grande, majestuoso, y, con todo, sumamente natural. Este es el modelo, y con arreglo á él se sigue de cerca, ó de lejos, hasta el fin del antiguo régimen. Si experimenta algún cambio es sólo para hacerlo más sociable aún. En el siglo XVIII, exceptuando los días de gran gala, se le ve descender de su pedestal, grada por grada. A su alrededor no se advierte aquel silencio en el cual puede «oírse el paso de una hormiga. «Señor,—decía á Luís XVI el mariscal de Richelieu, que había pasado sucesivamente por tres reinados,—en tiempo de Luís XIV no se osaba decir una palabra; durante el de Luís XV se hablaba en voz baja; en el de V. M., se habla en alta voz.» Si en ello la autoridad pierde, en cambio, gana la sociedad; la etiqueta, insensiblemente, suaviza, deja paso á la comodidad y á la satisfacción. En lo sucesivo, los grandes, importándoles menos el imponerse que el agrandar, se despojan de la gravedad como de un traje incómodo y ridículo, y van en busca de los aplausos con preferencia á los respetos. «Ya ni siquiera basta el ser amable,—como dice el duque de Levis, p. 321,—sino que es necesario parecerlo á toda costa á los ojos de sus inferiores, lo mismo que á los de sus iguales.» Y aunque durante la época de Luís XIV, y hasta en la de Luís XV, los reyes conservaban la arrogante actitud real, cosa que puede verse en la *Memoria* de Alfieri, I, 138, 1768, al decir que: «Aun cuando prevenido de que el rey no dirigía la palabra á los extraños ordinarios, no pudo digerir la mirada de Júpiter Olímpico con que Luís XV media de alto á bajo con una mirada impasible al hombre que se le presentaba; mientras si se presentara una hormiga á un gigante, éste, al mirarla, sonreiría, ó diría tal vez: «¡Vaya un animalito! ó, por lo menos, si se miraba á sí mismo, su cara lo diría por él;» á pesar de eso, decimos, «los príncipes franceses,—según la señora Genlis, en sus *Recuerdos de Fillicia*, p. 160,—se mueren de miedo de ser poco atentos.» Hasta al rededor del trono, «el trono es libre, juguetero,» y bajo la sonrisa de la joven reina, la corte seria y disciplinada de Luís XIV, se encuentra, al terminar el siglo, en el más persuasivo y alegre de los salones. Por esta retención universal hizose perfecta la vida de sociedad. «Quien no vivió antes de 1789,—decía más tarde M. de Talleyrand,—no conoce la

